

Alena Kárpava | Vladimir Siz

A LOS BIELORRUSOS AÚN NOS QUEDA
CONTAR NUESTRA HISTORIA...
35 AÑOS DE CHERNÓBYL

Prólogo
Rafael Vázquez García

Granada, 2022

COLECCIÓN EIRENE

Dirección de la Colección

JUAN MANUEL JIMÉNEZ ARENAS MARIO HERNÁN LÓPEZ BECERRA
IPAZ-Universidad de Granada, España Universidad de Caldas, Colombia

Consejo Asesor

FANNY AÑAÑOS BEDRIÑANA IPAZ / Universidad de Granada, España	DANÚ ALBERTO FABRE PLATAS Universidad Veracruzada, México	IRENE COMINS MINGOL Universidad Jaume I, España
FRANCISCO DEL CORRAL DEL CAMPO IPAZ / Universidad de Granada, España	MARÍA DEL MAR GARCÍA VITA Universidad del Norte, Colombia	INÉS CORNEJO PORTUGAL Universida Metropolitana, México
CARMEN RAMÍREZ HURTADO IPAZ / Universidad de Granada, España	GIANNI SCOTTO Universidad de Florencia, Italia	EULOGIO GARCÍA VALLINAS Universidad de Cádiz, España
PEDRO SAN GINÉS AGUILAR IPAZ / Universidad de Granada, España	CARMEN MAGALLÓN PORTOLÉS Universidad de Zaragoza, España	XOSÉ MANOEL NÚÑEZ SEIXAS Univ. de Santiago de Compostela, España
MARÍA ELENA DIEZ JORGE IPAZ / Universidad de Granada, España	SILVIA MARCU CSIC, España	ESPERANZA HERNANDEZ DELGADO Universidad la Salle, Colombia
MARIO LÓPEZ MARTÍNEZ IPAZ / Universidad de Granada, España	TANIA DRONZINA Universidad de Sofía San Klemente de Ojrida, Bulgaria	GERARDO PÉREZ VIRAMONTES Univ. Jesuita de Guadalajara, México
		WOLFGANG DIETRICH Universidad de Innsbruck, Austria

Proyecto **35 años de exposición continua a la radiación. Chernóbyl más allá de Pripiat. Una mirada desde la Educación para la Paz**, inscrito en el *Programa de Ayudas para la Cofinanciación de Actividades de Extensión Universitaria*, concedido por el Vicerrectorado de Extensión Universitaria y Patrimonio de la Universidad de Granada (2020-2021).

© ALENA KÁRPAVA y
VLADIMIR SIZ
© CENTRO UNESCO DE ANDALUCÍA
© UNIVERSIDAD DE GRANADA
Campus Universitario de Cartuja
Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada
Telf.: 958 243 930 - 246 220
Web: editorial.ugr.es
ISBN: 978-84-338-6900-5
Depósito legal: Gr./499-2022
Edita: Editorial Universidad de Granada
Campus Universitario de Cartuja. Granada
Fotocomposición: Tarma, estudio gráfico. Granada
Diseño de cubierta: Tarma, estudio gráfico. Granada
Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.



ÍNDICE

7	Agradecimientos
9	Prólogo
15	Introducción
25	Relato fotográfico
177	No se puede olvidar Chernóbyl
185	Bibliografía

AGRADECIMIENTOS

Como coordinadora del proyecto *35 años de exposición continua a la radiación. Chernóbyl más allá de Pripjat. Una mirada desde la Educación para la Paz*, inscrito en el *Programa de Ayudas para la Cofinanciación de Actividades de Extensión Universitaria (2020-2021)*, quisiera agradecer a las instituciones organizadoras y patrocinadoras: Vicerrectorado de Extensión Universitaria de la Universidad de Granada (UGR), Centro Unesco de Andalucía y la Facultad de Ciencias de la Educación y del Deporte, campus de Melilla (UGR); así como a las instituciones colaboradoras: Ayuntamiento de Granada, Ateneo de Granada, Asociación Española de Educación Ambiental y a todos aquellos los que han hecho posible la organización de la exposición y de las actividades adscritas a la misma. Un especial agradecimiento quisiera trasladar a Belarús, a Vladimir Siz, cuya obra fotográfica nos reunió en este evento y la que podemos disfrutar en este libro.

Alena Kárpava

PRÓLOGO

Rafael Vázquez García
Profesor Titular de Ciencia Política y de la Administración
Universidad de Granada

Chernóbyl: mínimas reflexiones en torno al recuerdo y a las representaciones

“Ante todo debemos rasgar el velo del desconocimiento que rodea a Belarús. Para el mundo somos una *terra incognita* –tierra ignorada, aún por descubrir–. Todos conocen Chernóbyl, pero en lo que atañe a Ucrania y Rusia. La Rusia Blanca, así suena más o menos el nombre de nuestro país en inglés”. Con esta nota histórica, extraída del diario *Naródnaya Gazeta* de 27 de abril de 1996, enfila el inicio de su relato la nobel Svetlana Aleksievich en su aclamado *Voces de Chernóbyl*. Aún hoy cuando se cumplen 35 años desde la tragedia de Chernóbyl, la República de Belarús, en mucha mayor medida que la vecina Ucrania, continúa siendo un país ignoto, desconocido, envuelto en oscuridad y en desconfianza para una parte importante de la población europea occidental. Subsiste igualmente como fuente de persistentes estereotipos que vinculan a sus habitantes como solícitos súbditos de Lukashenko y de Putin, y como adustas gentes de campo en un solar de nieve perpetúa y de radioactividad. Una imagen recurrente de la que se ha venido en denominar como última dictadura de Europa y que convierte al país en una suerte de museo viviente de la Unión Soviética. Por todo ello, y por mucho más, la historia de los bielorrusos, más allá de Chernóbyl, sigue estando pendiente de ser contada.

Chernóbyl como acontecimiento nos viene ofreciendo la oportunidad para reflexionar sobre una serie de cuestiones que exceden las permanentes y letales consecuencias de la explosión del reactor 4. La instalación nuclear fue símbolo de la potencia y la prepotencia política de un imperio en confrontación permanente –y agónica ya en los años ochenta del siglo pasado– con otras formas imperiales e igualmente expansivas como los Estados Unidos de América. Claro está que el accidente fue consecuencia de un conjunto enlazado de malas decisiones, de fallos de diseño y de falta de previsión, pero también

puede entenderse como un desbarre en la escalada creciente de soberbia política que se instaló durante el período de la Guerra Fría por intentar competir en tecnología y en control armamentístico. La central nuclear no tenía por casualidad el nombre de Vladimir Ilich Lenin y fue la más avanzada de su época, actuando como estandarte y emblema del poder de innovación soviético. A la pequeña ciudad de Pripiat, sede la central, se la denominó en la Unión soviética de principios de los años setenta cuando se comenzó la instalación de los reactores, como la ciudad del futuro. El complejo albergaba cuatro de los trece reactores considerados los más potentes en su momento a nivel mundial, lo que situaba al proyecto como el epicentro de la energía nuclear a nivel mundial y no sólo soviético. Chernóbyl puede, por tanto, ser leído como causa y consecuencia del colapso de un imperio en decadencia. El accidente dejó al descubierto las insuficiencias técnicas, humanas materiales y la falta de previsión que se concentraron en aquel momento, pero al mismo tiempo, Chernóbyl anticipa física y simbólicamente la voladura del experimento soviético que apenas habría de sobrevivir algo más de cinco años tras la catástrofe.

El séptimo lustro conmemorativo de la tragedia ha venido a coincidir con la incidencia mundial del virus COVID-19, casi como si de un perverso juego de la historia se tratase. Leemos estas líneas con las mascarillas colgadas en el pomo de las puertas. Imágenes de los sanitarios en las unidades de cuidados intensivos nos acercan visualmente a las propuestas por la plataforma HBO en la exitosa serie. El virus, al igual que la radiación, se nos muestra invisible e igualmente letal en cada resquicio de nuestras vidas.

Varios de los componentes del material radioactivo disperso tras el accidente exceden la vida centenaria de una persona y algunos tardarán en desactivarse posiblemente más allá de la vida humana en la tierra. Algunos estudios estiman en unos 300.000 años la permanencia de la contaminación de la radiación de algunos elementos liberados a la atmósfera, especialmente uranio y plutonio. Se trata, pues, de un tipo de contaminación que excede la comprensión humana en términos cronológicos. Podríamos decir que nos enfrentamos a un desastre posthumano ocasionado por humanos, que deja patente que contamos con una potencial capacidad de destrucción que excedería cualquier cálculo de reversión posible.

Cómo recordar Chernóbyl es una de las preguntas más recurrentes que acuden periódicamente durante las efemérides del accidente. Una de las protagonistas de la excelente obra de teatro de Antonio César Morón *Hojas negras, Bosque rojo*, recreación literaria y escénica del “universo Chernóbyl”, interpelada por su hermana acerca de la memoria de su madre sobre lo ocurrido en la central dirá: “Diarios y diarios y recortes de diarios en una búsqueda obsesiva por revertir la historia. Horas de duda. Días interminables de duda. El buzón abierto diez veces al día. La ausencia de lenguaje: mamá se había quedado muda”.

Hay quienes de forma oportunista rescatarán la memoria del accidente para volver a remarcar las desastrosas consecuencias de los regímenes comunistas y, de paso, de cualquier forma de hacer política que contenga aún de soslayo cierta intervención estatal en los asuntos públicos. Sin embargo, para la inmensa mayoría de la población, el silencio como respuesta volverá a establecerse hasta el 40 aniversario.

sario en 2026. Chernóbyl dará paso a otras efemérides nacionales e internacionales que, a su vez, serán desplazadas de la primera plana por otras noticias que correrán en breve la misma suerte. Los medios de comunicación no son capaces de sostener un debate más allá de la semana o el mes de conmemoración. Pero tal vez lo más preocupantes sea que el contrato social establecido en el mundo de los mercados siga viviendo ajeno a la concepción de la vida en vulnerabilidad, fragilidad y reciprocidad, lo que abre la posibilidad de repetición de catástrofes naturales y humanas de forma indefinida. La autosuficiencia política y económica carece igualmente de autocritica en razón de una suerte de privilegio de especie, que pretende establecer un control tecnológico sobre todo el orbe. Este modelo seguirá siendo obsoleto y enormemente peligroso mientras no incorpore una conciencia, definida jurídicamente y aceptada universalmente, de justicia posthumana e inter-especista, al tiempo que un compromiso igualmente normativo con la justicia entre generaciones.

Chernóbyl continúa siendo una oportunidad entre las últimas –si bien es muy probable que nos encontremos ya en el tiempo de descuento sin saberlo– para aceptar con todas las consecuencias la responsabilidad conjunta y universal con la naturaleza, con las otras especies y con el resto de personas. La pandemia actual nos lo vuelve a recordar, mientras incoherentes llamadas a la libertad desnortan a una parte de la población que sólo cree en el lema de “sálvese quien pueda”. La memoria de Chernóbyl se presenta de la misma forma como una ocasión para profundizar en la necesaria organización transfronteriza, que eluda bloques, prejuicios e intereses gubernamentales.

El libro que tiene entre sus manos presenta un testimonio de incalculable valor para seguir reflexionando sobre lo anterior y mucho más. A través de imágenes, pero también del relato ofrecido por el fotógrafo Vladimir Siz en la maravillosa conversación con la profesora Alena Karpava, nos acercamos de primera mano (parecería que casi tocamos la realidad pretérita de aquel instante a través de las fotografías) a los acontecimientos históricos, con un enfoque muy personal, humano y humanista al igual que crítico y reflexivo.

Una de las funciones, y no la menor, de la fotografía es recordarnos documentalmente lo transitado en la historia. En el caso de las grandes catástrofes humanas y naturales durante los últimos cien años aproximadamente no ha faltado el testimonio gráfico al que poder volver para no tener que olvidar. Auschwitz, Hiroshima, Chernóbyl, Sarajevo, Ruanda... Al presentarse también como acto moral, la fotografía recoge en unos encuadres todo un conjunto de existencias y vivencias dispersas para conferir un sentido no fragmentado a la realidad, para cohesionar, aunque sólo sea parcial y efímeramente una realidad que no sólo es la de lo fotografiado, sino que contiene una experiencia previa y, sobre todo, una posterior a través de la memoria y la interpretación. Por ello, conviene tomarse el asunto con la seriedad que requiere y no caer en la fácil e impactante fetichización de la fotografía del desastre, que tan sólo lleva a estereotipar lugares como Sarajevo o Chernóbyl y a generar un turismo del drama y de consumo visual que cosifica y mercantiliza tanto la memoria como la conciencia. Las redes sociales están llenas de frívolas imágenes al respecto.

La historia del desastre de Chernóbyl es también la historia de sus imágenes. El fotógrafo moldavo (soviético en aquel entonces) Igor Kostin, premiado con *World Press Photo* en 1987, recoge en su libro impactantes imágenes de la central y los alrededores. Sus fotos fueron las primeras publicadas unos días del accidente con el permiso de las autoridades soviéticas. Desde 1994 a 2018 el fotógrafo canadiense David McMillan ha visitado la denominada *zona de exclusión* y alrededores más de una veintena de veces. El legado visual de todas estas incursiones ha quedado recogido en un notable volumen titulado *Growth and Decay. Pripyat and the Chernobyl Exclusion Zone*.

Por su parte, el reconocido fotógrafo aéreo Yann Arthur Bertrand ha impresionado el área de la central y de Pripiat durante el inclemente invierno, ofreciendo una más intensificada imagen desoladora del impacto nuclear. Más recientemente el proyecto digital *forgottenisland.net*, que empezó como una web en la que mostrar lugares abandonados, se ha convertido en un portal casi enteramente dedicado a documentar cómo es Pripyat a día de hoy, más de 35 años después del desastre nuclear.

Las fotografías, que aquí se presentan, tienen, no obstante, una dimensión no abarcada por ninguno de los proyectos anteriores. Las imágenes de Vladimir Siz ofrecen una lectura mucha más potente y real de lo acontecido en el espacio señalado por varias razones. La primera de todas es que se trata de un material inédito que nunca antes ha sido publicado en ningún formato ni medio de comunicación occidental. En segundo lugar, no fueron producidas para ser utilizadas como propaganda política, sino para informar y documentar. Un motivo añadido es que recogen una retrospectiva muy amplia que abarca desde las primeras semanas tras el accidente y se extiende durante al menos tres décadas subsiguientes. Pero, y sobre todo ello, el valor de estas imágenes creo que radica en la capacidad de contar historias, de encuadrar elementos para configurar en nuestras mentes un estado de ánimo, una información precisa o para detonar en el imaginario sentimientos de tristeza, solidaridad o esperanza.

En las fotos de Vladimir Siz aparecen comúnmente vallas y elementos delimitadores. Algunas son imágenes de ventanas tapiadas, otras de balizas de madera o metálicas, existentes con anterioridad al accidente o posteriores para acotar el territorio y las zonas de exclusión. Nos aparecen todas ellas como murallas, indicativos de lo que se desliza como veneno invisible al otro lado.

Nos encontramos con carteles funerarios del cierre de aldeas, algunas de las cuales nunca más volvieron a existir como lugares habitados, aunque hubo quienes se resistieron y se empeñaron en seguir viviendo en lugares desalojados, sin servicios básicos. Se los conoce como *retornados* o *autocolonos*. Incluso en la zona de exclusión no podemos olvidar que hasta el año 2000 la central nuclear de Chernóbyl estuvo en funcionamiento y los empleados entraban y salían cada día en la zona para poder ir a trabajar, fundamentalmente en labores de descontaminación y de mantenimiento. Para muchas personas fue una opción en búsqueda de un mínimo sustento para huir de la pobreza. Algunas aldeas, como las que Siz nos muestra en sus fotografías, desaparecerían literalmente de la superficie de la tierra al quedar enterradas, por lo

que no sería ya posible ningún tipo de vuelta a casa ni testimonio gráfico de ello. Tampoco faltan las instantáneas que nos hablan de la resistencia de la tierra a la radiación, de la capacidad de renovarse y de seguir produciendo, de las nuevas cosechas que otorgan un año más al menos de esperanza al campesino.

Muchas otras imágenes nos hablan de personas, de militares, bomberos, campesinos. En sus rostros se denota la preocupación, pero también cierta normalidad, ajenos tal vez a las dimensiones de la catástrofe, con unos medios técnicos y unos ropajes que hoy en día consideraríamos más que insuficientes, pero puestos entonces al servicio, una vez más, “de la Patria”. Así lo demuestra una de las fotografías en uno de los puntos de higienización, donde los bomberos cuelgan la ropa después de una larga jornada de trabajo como si sólo fuera cuestión de airearla y de secar el sudor. Caras jóvenes llenas de vida en esa primavera y en ese verano de 1986, que muy posiblemente tuvieron mucha más ilusión por vivir sus vidas que por enaltecer a la Patria con un sacrificio y devoción espúreas. En la ya mencionada obra de teatro de *Hojas Negras, Bosque rojo*, existe otro momento en el que el personaje principal es interrogado por miembros de la CIA en España que le espetan violentamente “¿Qué vínculos tiene con el Partido Comunista?”, a lo que él contesta con desesperación “¿Qué? Ninguno. Odio la política. Detesto la política. Vengo de la Unión Soviética. Solo quiero vivir en paz con mi mujer y mi hija”. Sensación que también parece quedar reflejada en muchos de los rostros ofrecidos al fotógrafo.

En una fotografía fechada el 30 de junio de 1986, poco más de dos meses después del accidente, un grupo de liquidadores (operativo encargado frenar la expansión de la contaminación y la protección del territorio) se reúne en torno a una guitarra. La imagen nos aleja por momentos de dramatismo de los hechos y nos acerca a un entorno íntimo y cargado de camaradería.

Y mujeres. Son muchas las mujeres en las imágenes de Siz. Mayores y en edad adulta, la mayor parte de las veces, con el pañuelo anudado al cuello cubriendo sus cabezas. Pidiendo explicaciones a los soldados, buscando alimentos de primera necesidad como leche o pan, allá dónde los hubiera. En sus rostros tenacidad, resistencia y dignidad.

Y algunos niños que aún existen y persisten en la zona años después, esperanza frágil de repoblación y no sólo por los efectos de la radiación, sino por las escasas posibilidades que una zona eminentemente rural y sin servicios ofrece a la juventud actual.

Y, claro, también la boda, la boda de Peregod... y la promesa de continuidad. “¡Lo quería! ¡Aún no sabía cómo lo quería! Justo nos habíamos casado... Vamos por la calle...me levanta en brazos y se pone a dar vueltas. Y me besa, me besa. Y la gente que pasa ríe”, recoge Aleksievich en *Voces de Chernóbyl*.

Pero ya está. Dejemos hablar a las palabras e imágenes de Alena Kárpava y de Vladimir Siz. A ellos, y a muchas otras personas, les corresponde más que a nadie contar su historia.

Granada, 20 de mayo de 2021

INTRODUCCIÓN

El 26 de abril de 1986, a la 1 h 23' 58", una serie de explosiones destruyeron el reactor y el edificio del cuarto bloque energético de la Central Eléctrica Atómica de Chernóbyl, situada cerca de la frontera bielorrusa. La catástrofe de Chernóbyl se convirtió en el desastre tecnológico más grave del siglo XX.

Para la pequeña Belarús (con una población de diez millones de habitantes) representó un cataclismo nacional. Belarús era un país agrícola, con una población eminentemente rural, no contaba con ninguna central atómica en su territorio. Durante los años de la Segunda Guerra Mundial, por la invasión alemana, fueron destruidas 619 aldeas belarrusas incluida su población. Después de Chernóbyl el país perdió 485 aldeas y pueblos, más de cien fueron enterrados bajo tierra para siempre. Durante la guerra murió uno de cada cuatro bielorrusos, después del accidente uno de cada cinco vive en un territorio contaminado. Se trata de 2 100 000 personas, de las que 700 000 son niños. Entre las causas del descenso demográfico la radiación ocupa el primer lugar. En las regiones de Gómel y Moguilióv, las más afectadas por el accidente, la mortalidad ha superado a la natalidad en un 20 por ciento.

Como consecuencia de la catástrofe, se han arrojado a la atmósfera 50×10^6 Ci de radionúclidos, 70 por ciento de los cuales cayeron sobre Belarús. El 23 por ciento de su territorio está contaminado con radionúclidos de una densidad superior a 1 Ci/km². A modo de comparación, en Ucrania se ha contaminado el 4,8 por ciento del territorio, en Rusia el 0,5 por ciento. La superficie de las tierras cultivables que tienen una concentración radiactiva de 1 o más Ci/km² representa 1,8 millones de hectáreas. Por ejemplo, la contaminación por estroncio-90, con una concentración mayor de 0,3 Ci/km², ocupa cerca de medio millón de hectáreas. Se han eliminado del uso agrícola 264 000 hectáreas. Belarús es una tierra de bosques de los que el 26 por ciento y más de la mitad de sus prados situados en los cauces de los ríos Prípiat, Dnepr y Sozh se encuentran en las zonas de contaminación radiactiva.

Debido a la constante acción de pequeñas dosis de radiación, cada año crece el número de enfermos de cáncer, así como de personas con deficiencias mentales, disfunciones neuropsicológicas y mutaciones genéticas.

Chernóbyl, *Belarússkaya entsiklopedia* (1996).

Alexievich (2002). *La plegaria de Chernóbyl: crónica del futuro*.

Año 1986, Minsk, Bielorrusia. Mis padres eran los repobladores rusohablantes en Belarús. Un militar y una trabajadora del banco (estatal) habían llegado a Bielorrusia desde el corazón de Rusia enviados por el Estado Soviético hacía unos doce años. Era una buena época para Bielorrusia y para su gente. Limpieza en las calles, respeto de y por toda la población. Una sociedad colaborativa, acogedora, abierta a las nuevas aportaciones. República agrícola. También industrial gracias a la materia prima de la URSS que permitía el funcionamiento de grandes superficies de las fábricas de maquinaria agrícola, de electrodomésticos, de relojería electrónica. Los inicios de los ochenta fueron marcados por una época de bonanza, paz, seguridad (siempre y cuando ibas acorde a los preceptos del Estado). Mi obligación con el Estado era estudiar, obtener buenas notas y asistir a múltiples talleres extraescolares de baile de salón, música, canto, diseño de ropa, tiro olímpico, natación, salto de altura y de longitud, baloncesto, pintura (ésta última la he conservado como un gran hobby y una posibilidad alternativa de comunicación con el mundo), etc. El recuerdo de una adolescente de trece años guarda como única rebeldía la propia de su edad.

26 de abril de 1986 marcó un antes y un después en esta realidad idílica. Probablemente, también en la realidad mundial. La memoria de una adolescente no guarda argumentos racionales, sino impactos emocionales de aquellos cambios. No había explicación para la pérdida de los padres, ni de los vecinos cuya vida terminaba demasiado temprano, entre 34 y 50 años. No había razón que pudiera explicar las procesiones continuas de ataúdes, el asfalto cubierto de claveles cortados con marcado olor a la muerte, el son interminable de la Marcha Fúnebre de Frédéric François Chopin acompañada por el suspiro de los transeúntes “otro más”. No había explicación de por qué en los mercados la gente mayor te decía que no compraras la leche condensada de Rogachev o los embutidos de la Planta de procesamiento de carne de Gómel (¡Qué ricos eran!). Tampoco se hablaba de por qué las hojas de los árboles en el inicio del verano se tornaban transparentes o secas como las hojas del tabaco. Ni por qué correr por la calle bajo la lluvia era una idea descabellada. Ni tantos “por qué” que se dejaban sin contestar.

Abril 2013, Granada, España. La búsqueda de las respuestas culminó con la tesis doctoral y la reflexión sobre la *migración en el sofá* y la desaparición de los referentes de un Estado, la identidad confusa de la población postsoviética, la migración ambiental forzada y la experiencia de los refugiados ambientales. A su vez, la tesis abrió una nueva etapa hacia la escucha de las voces silenciadas de aquellos los que construyeron la historia con su narrativa de vida.

Abril 2018, Moscú, Rusia. Acababa de finalizar un congreso, donde tratamos los temas de la educación, la paz, la noviolencia, la interculturalidad, los movimientos migratorios y las identidades. Tenía unas horas antes de tomar el avión y no podía dejar pasar la oportunidad de verme con unos amigos de la infancia con los que compartí los años de la educación obligatoria: Oleg Siz y Natalia Kolmykova. “Mi padre acaba de hacer una exposición fotográfica sobre los pueblos belarrusos”, – “¿Podrías preguntarle si tiene algún recuerdo fotográfico sobre el impacto de Chernóbyl?” Así empezó este proyecto.

Alena Kárpava